La Alborada

MONTEVIDEO, MAYO 17 DE 1903



AÑO VII. NÚM. 270

POR CARLOTA BRAEMÉ

Bibiana nada contestó; cogióse del brazo del joven y ambos se dirigieron al carruaje.

Al llegar al parque, descendiendo del coche fueron á sentarse á la sombra de un corpulento árbol. Reinaba un profundo silencio interrumpido sólo por el dulce gemido de la brisa al pasar por entre las hojas de los árboles, y Bibiana, predispuesta ya al observar la visible turbación de su amante, inclinó la cabeza agobiada por la inmensa angustia que su corazón sentía. Aquel silencio, aquella turbación de Lionel, hacíanla pensar hasta qué punto sería capaz el joven de comprender su desventura, y mortificábale el ver que no tenía para ella, ni una sola frase de consuelo ... Pero aun pensando así; ¡cuán lejos estaba la desdichada joven, de figurarse el desengaño que le aguardaba!

Guardaron silencio ambos, hasta que Lionel, tomando una de las pequeñas manos de la condesa, entre las suyas, dijo:

—No eres la misma, Bibiana.... estás tan pálida.... tan impresionada!...

—Sí; es verdad. No sé qué siento dentro de mí. ¿Díme Lionel, por qué me hablaste anoche de aquel modo? Parecía como si hubieras querido demostrarme que teníamos que separarnos. ¡Oh! no, Dios mío; nuestra separación será mi muerte. ¡Hemos sido tan felices! Todo aparecía ante mi vista hermoso y bello! y me consideraba tan dichosa al verme amada.

—Querida Bibiana, repuso el joven decidido á terminar de una vez.... Continúas delirando. La poca experiencia que tienes del mundo te impide ver, que cegados por mentidas ilusiones nos hemos lanzado al camino de nuestra mutua perdición. Cálmate y reflexiona, vida mía; verás que nuestro amor es imposible y que debemos separarnos.

—¡Imposible, Lionel! ... ¡Separarnos! ... Tú sí que estás delirando, prorrumpió la joven con lágrimas en los ojos y una tempestad de encontrados sentimientos en su alma.... No, no puedes desearlo, ni yo puedo dejar de adorarte. Ya te dije anoche que para una separación es demasiado tarde, Lionel.

—Sí, es verdad, Bibiana, y te aseguro que daría toda mi vida por no haberte conocido.

—Pero ¿crees que podremos dejar de amarnos? profirió la joven casi sin poder hablar, embargada su voz por los sollozos.

—No, contestó Lionel con vehemencia; pero debemos intentarlo al menos, añadió con aire resuelto. Casi inconscientemente hemos llegado á este estado de locura, Bibiana, pero gracias al cielo se nos han abierto los ojos á tiempo.

—Eso lo dirás por ti, porque yo no veo ninguno de esos horrores que tú presientes.

—Está bien, Bibiana, basta que yo los vea, puesto que mi buen sentido servirá para guiarnos á los dos. Además, querida mía, debo evitar que la más pequeña mancha caiga sobre tu nombre.

—¿Qué dices, Lionel? interrumpió la joven; no te comprendo; tú que me has conducido hasta este extremo, dices ahora que....

Lionel, desconcertado, confuso, bajó la cabeza; las palabras de su amada le hacían comprender el grave error que había cometido, al fomentar el amor de la joven, ocultándole que era casado.

—Mira, amada Bibiana, dijo; si fueras soltera, todo estaría perfectamente, pero no eres libre tienes un marido, y....

—Bien, Lionel; no te canses; comprendo, repuso la joven con triste y apagada voz.

—Bibiana, el único medio para detenernos en nuestro camino, es....-separarnos,

Los pálidos labios de la condesa temblaron sin dejar escapar una sola palabra.

—Además, añadió Lionel, hoy he recibido una carta que me obliga á regresar á mi casa.

Bibiana nada le contestó, pero se llevó la mano al corazón donde había sentido un dolor repentino, agudo, que le mortificaba horriblemente.

—Debemos tener valor.... debo irme.... pero ¿qué te pasa? ¿qué tienes?... habla.... exclamó Lionel, al ver la palidez mortal con que se cubrían las facciones de la condesa.

—Nada; no es nada, dijo ésta penosamente.

—Bibiana, no tienes idea de lo que sufro; no puedo verte padecer de esa manera y daría mi vida entera por reparar el grave mal que te he hecho.

—¡Sufrir!.. exclamó la joven con amargura. ¿Qué me importa el sufrimiento? lo que yo anhelo es la muerte!; y haciendo un visible esfuerzo para no llorar, le preguntó: ¿Cuándo te vas, Lionel?

—Hoy, contestó el joven con voz que apenas podía oirse.

—¡Hoy! repitió Bibiana desesperada. ¡Dios mío, qué va á ser de mí!

—Cálmate, vida mía, verás cómo el tiempo consolará nuestros doloridos corazones.

—Debo decirte adiós para siempre, dijo la joven con lágrimas en los ojos.

—No, amor mío, sólo por algún tiempo. ¿Qué nos impedirá volvernos á ver como dos buenos amigos?

Bibiana lo miró con espanto al oirle pronunciar la última frase. Retiró luego poco á poco la mano que el joven le tenía cogida, y sonriéndose de un modo indefinible, pálida y casi llorando le dijo con rápida y nerviosa voz:—¡Adiós, Lionel mío!... Adiós.... Adiós.

Cuando la condesa desapareció entre los árboles, una amarga sonrisa se dibujó en los labios del joven, tenía el corazón dolorido, pero no obstante, sentíase satisfecho por haber cortado aquellas relaciones.

CAPÍTULO XXVII

Imposible sería describir el estado de ánimo en que se encontraba Ridal, los primeros días de su regreso á Dunwold. Las semanas pasadas en Londres le habían parecido un sueño; pero un sueño febril y espantoso, que al despertar le dejó el corazón presa de horrible congoja.

¡Cuán alegre y gozosa encontró su casa rodeada de frondosos bosques y espaciosas alamedas! ¡Cuán bello se presentaba ante su vista el extenso parque con sus magníficos árboles y sus anchas avenidas! Era aquel un hogar donde la paz y la dicha habían fijado su domicilio, y donde Lionel encontró consuelo para su dolorido corazón.

(Continuará).

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.--Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente
Arturo Salom
Administrador:
AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

18 de Julio, 194
1.er piso
MONTEVIDEO
R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes	ps. 0.50	Número suelto (atrasado)	ps. 0.30
Por semestre adelantado	» 3 00	Por un año adelantado	» 5.00
Número suelto (los sábados y domingos)	» 0 10	Exterior. Por año adelantado	» 7.00
» » (de la semana)	» 0.20		

NOTA—No se admiten suscripciones directas de campaña y del exterior, sin previo pago adelantado, cuando menos por un semestre. Las personas que deseen suscribirse por mes, deberán solicitar la suscripción á los señores Agentes.--La *correspondencia* gráfica debe dirigirse á nombre del director, señor Arturo Salom. La correspondencia administrativa á nombre del Administrador, señor Agustín Salom.

Fotógrafo oficial de "La Alborada": Ramón Blanco, Uruguay 359.

INTERESA

A los señores fotógrafos de profesión y á los aficionados que envíen á la Redacción de LA ALBORADA fotografías sobre algún asunto de interés y de palpitante actualidad, se les abonará CINCUENTA centésimos por cada prueba publicada.

Las fotografías deberán enviarlas á la Redacción de LA ALBORADA, teniendo en cuenta que deben entregarlas antes de la una de la tarde de los Miércoles.

Al pie de cada fotografía se publicará el nombre de su autor.

AÑO VII

LA ALBORADA

NUM. 270

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Mayo 17 de 1903 — Suscr pción anual adelantada: $ 5

Congreso de americanistas en Nueva York



Grupo de congresales

Celebróse recientemente en Estados Unidos, con asistencia de delegados y representantes de todos los países y sociedades importantes de Europa y América, un científico congreso de americanistas, en el cual, estudios prehistóricos sobre Perú y Méjico fueron los temas tratados con preferencia. Nuestros distinguidos é ilustrados compatriotas don Luis Alberto de Herrera, Encargado de Negocios del Uruguay, y don Adolfo Alonso Criado, oficial de legación (indicados en nuestro grabado con una cruz y una equis, respectivamente) formaron parte de tan importante asamblea, destacándose ambos por sus condiciones y talentos.

Celebrando la paz



El reparto de carne

En el Paso de los Toros se festejó últimamente la realización de la paz, participando todo el pueblo de esos festejos comprendidos en un excelente programa, cuyos números se repartieron en todo el día 21 de abril pasado.

El detalle más importante de esas fiestas fué el reparto de carne y galleta que se hizo á los pobres, y de cuyo acto damos cuenta en la adjunta fotografía sacada por el señor G. R. Jones.

Este acto filantrópico congregó á todo el pobrerío del Paso de los Toros y sus inmediaciones, que con sus talegas improvisadas repletas de comestibles, volvieron á sus casas contentos, bailando en un pie, como es de suponer, á saborear el obsequio que les brindaba la filantropía de los vecinos pudientes, en ocasión de la fecha de reconciliación entre los revolucionarios y el gobierno.

El velorio

TRAZOS DE LA VIDA

Al pintor nacional Orestes Baroffio.

Allí, en el cuarto que caía á la calle, en la sala reducida, en mitad de la pieza, se levantaba el catafalco sencillo de la pobre abuela muerta. Metidita dentro de la caja estrecha, como quien roba ya sitio en el mundo, la vieja madre dormía en silencio, estirada bajo el sudario negro que la envolvía en una negra caricia de un flanco á otro flanco, de la cabeza á los pies. Dormía... Los ojos entreabiertos asomaban con vaguedades de azabaches mojados, bajo los párpados sorprendidos por el frío, en la mitad de las combas clavadas desde el fondo del alma... Después... los labios absorvidos en el último hipo y en la última angustia... La nariz prominente de pico de águila caudal, enérgica, terminante, de una decisión de zarpazo. Por allí se había escapado el último respiro, en aquella torre de marfil la vida se había sujetado agónica un segundo, dolorosa, echada á pelliscos de fiebres frías por la fatal Vencedora. Sin embargo, aún parecía un baluarte. En su trazo helado había una resistencia, en su rigidez de bronce pulido había un desafío, la voluntad tajante de un insulto. Pero aquello estaba vacío... Las ventanas muy abiertas: el hada blanca de los sueños cortos había volado; reinaba el hada negra de los sueños largos. Era una ruina abandonada á la intemperie...



¿Cuánto me cuesta el bautizo?

Y semejante á una viejecica de cartucho, de cera y trapo, rondaba en una curva serena el rostro mate de la buena muerta, un encaje blanco, muy blanco, que rebosaba como una cresta de espuma el sudario que apretaba las sienes, que estrujaba las canas, que se perdía cuerpo abajo en una caricia envolvente.

De los candelabros de plata y oro subían hasta la caja abierta, como lirios de tallos blancos y flores rubias, las candelas tristonas que parpadeaban en un llanto sereno de lágrimas largas, rodadas por la albura suave de sus cuerpos desnudos.

Abajo, en un rincón, un piano enseña la dentadura blanca de sus teclas como una hostilidad... ¿Por qué está abierto?

Arriba, en las paredes, los cuadros de familia, de alegres pierrots y colombinas abrazados como chicuelos, de zagalos que hablan con los ojos y *dicen* con los labios, se inclinan en la ironía de una reverencia. Ni un crespón, ni un velo, ni un luto que oculten las alegrías aquellas, y aquellos abrazos y los besos aquellos... La eterna burla, el fandango macabro que une á la vida con la muerte, que la risa se abraza de la mueca, y el dolor bendito es carcajeado por los hombres y las cosas.

Y haciendo corro en derredor del catafalco, sillones de amplios brazos embutidos en fundas blancas como lutos japoneses, abrían sus blandos regazos ofreciéndose... ofreciéndose...

La sala estaba sola, vacía, desnuda. La casa toda silenciaba el ruido en un gran respeto. En las noches tranquilas de la canícula los campos tienen un mismo acallamiento. La vida ruidosa enmudece, duerme. Pero hay en el ambiente, en el aire y en el suelo, un latido imprecisable y monótono, una insignificancia que vive, un estridor amortiguado, la canción triste de un grillo que sueña, el respiro de una nada, el eco de un aliento que sopla.

Los primeros amigos llegan, se escurren en puntas de pie por los corredores, por los largos patios, hacia el fondo, hacia las piezas últimas, donde lloriquean lágrimas calientes los deudos angustiados, echados boca abajo sobre las camas revueltas, en la oscuridad de los cuartos sin luz. Y comienza en toda la casa un rumor de colmena, un murmullo indescifrable de voces apagadas y siseos pronunciados. Hacen comentarios, se lamentan, suspiran. Las reuniones graves se forman, las sillas se aprietan en filas resquebradas, la cháchara ahogada se organiza, se revuelve, se quiebra, formada por todas aquellas bocas que hablan despacio, *sotto voce*, «en zapatillas».

El nieto mayor de la abuela muerta, se aturde, pierde el criterio, avanza, retrocede, se inclina, resbala llevado por el vaivén continuado de los que llegan, de los que están, de los que pasan... Nada tan confuso y tan novedoso como las concurrencias de los velorios, las condolencias con «muerto fresco», de cuerpo presente.

Por la puerta que abre á las piezas interiores, entran á la sala silenciosa, uno á uno, en puntillas, hombres y mujeres, que van acomodándose en parejas en las sillas vacías, á la luz de las bujías lacrimosas, á la sombra de los rincones velados por los lutos y las puertas replegadas.

Y las charlas comienzan. Una pareja habla:

—Siempre lo mismo, Laura...

—Siempre. Ustedes le dicen eso á todas. Son así.

—No, Laura, no crea... Se lo juro... Yo nunca he querido á nadie... La vi á usted para suerte mía, me gustó... y ahí está todo!.. Créalo... ¡Palabra!..

—...¿Y Amalia?, diga, ¿y Amalia?

—¡Ah!.. Eso no fué sino el resplandor de un capricho que empezaba... duró lo que dura un antojo... un *begain*... Cuestión de días...

—¿Cuántos?

—No sé... Pocos; veinte ó treinta á lo sumo...

—¿Es posible? No lo creo. Usted... á su edad... siendo tan buen mozo...

—Laura...

—Sí, Julián, no lo niegue...

—¿Entonces, si á usted le parezco así, por qué me rechaza?

—Yo... rechazarlo no... Es que...

—¿Qué?

—Es que hay otra...

—No hay... Se lo juro. ¿Y qué me dice de usted? Nosotros hemos de ser siempre los eternos calumniados... ¿Y ustedes? Los hombres tienen la disculpa de la belleza que atrae... de la sirena sugestionadora. . Pero las mujeres... ¿Qué le parece la de Montalvez enamorada hasta el «beneficio» de Ruibarbo, ese pretencioso atortugado, que parece hecho á puñadas de panadero cansado?.. ¡Tan insulso, tan torpe, tan á la rústica! Es Cuasimodo escapado de un campanario...

—¡Qué exajeración!.. Pobre Ruibarbo, no es tan feo... Y además, es de familia bastante distinguida... de mucha posición... tiene una fortuna...

—¡Ah! ¡Y es verdad! No había reparado en esa... belleza... Pero, dejemos esto. Hablemos de usted. De sus conquistas... de sus triunfos... Cuénteme. Me toca ponerla á juicio...

—¿A mí?.. A mí no... Como á mí nadie me ha querido... ¡Quién se va á fijar en mí!.. Como no soy bonita... Soy fea...

—Fea no... Laura. Usted es una monada... Y para mí, para mí es más que eso... No hay adjetivo que llamarla .. Usted vale por todas...

—Julián... Usted es muy galante...

—Hago justicia...

Y como llegaran otros, los «entretenidos» acercaron las caras, y continuaron hablando fuertes con los ojos... y despacio con los labios, muy despacio... ¡Oh, tan despacio!..

En el otro extremo de la sala, hundidas en el asiento-muelle de un sofá, comadrean tres mujeres, arrebujadas las manos bajo los chalones, graves, muy graves...

—¡Pobre señora!.. Lo que ha penado .. Tan buena que era... Mejor es que Dios se la haya llevado de una vez... Tan servicial... tan cariñosa... Nosotros la queríamos mucho á misia Rosa... Me acuerdo la última vez que estuvo en casa... casi arrastrándose. Ya no veía la pobre... Pero todavía se conservaba... Al despedirse, yo le embromaba diciéndole que era un cascote, que estaba chocha... que ya no servía para nada... Teníamos mucha confianza .. Ella, riendo, me contestó, me acuerdo todavía como si la estuviera viendo:—No crea, misia Rosalía; todavía tengo salud y fuerzas para enterrar á muchas... ¡Qué iba á tener, la pobre, si estaba que se caía! Yo sé que eso lo dijo por mí... eh! Era un poquito mala. Cosas de la edad .. á los setenta y tres años... ¡Mire que desearme eso á mí, que estoy más fuerte que un roble!..



Tejiendo... ensueños

—¿Y qué edad tiene usted?

—En Abril cumplí los setenta y cinco... pero no lo parece, ¿verdad?

—No, señora, no, no lo parece...

La vieja se quedó callada mirando á la muerta con fijeza. Había en aquella mirada un espolvoreo de rencor... Luego, dando un suspiro prolongado, murmuró:

—¡Qué ideas! ¡Dios la haya perdonado!

—Sí, misia Rosalía, la pobre vieja era muy buena. A mí siempre me decía que buscara un novio muy formal, de dinero, que me hiciera feliz. Un hombre rubio, buen mozo, que fuera afecto al comercio, á los números, que esos son los buenos maridos, ordenados, que se lo pasan todo el día metiditos en sus casas ó en sus oficinas. Ella decía que yo era muy romántica, que me dejase de soñar en vergeles, en el sol y en la luna, y en los hombresideales que no dan más que dolores de cabeza y mucha miseria... ¡Pobre misia Rosa! Que Dios se lo tenga en cuenta...

—Tenía razón la pobre... Usted, Eulalia, debe dejarse de esas cosas... Con flores y ensueños no se come .. Usted ve que eso no da resultado... Hombres con fortuna es lo que hace falta, que le pongan una buena casa y le sienten un buen puchero todos los días...

—Es cierto, doña Juana, esa es la triste realidad de la vida... Sin embargo, yo no soy hoy pretenciosa como antes... ¿Verdad que no? Lo que yo quiero es un hombre que me quiera, que sea trabajador y honrado, de cualquier clase, aunque sea pobre... La pobreza no ofende, ¿verdad, misia Rosalía, verdad?

—Sí, Eulalia, ser pobre no es un delito...

Pero siempre se debe mirar más alto, buscar un buen partido...

La solterona dió un suspiro largo que hizo temblequear la luz tranquila de las velas.

—¡Será lo que Dios quiera!

Y como ninguna de sus amigas hablara, ella continuó:

—Cada vez que vengo á un velorio me voy enferma. Fíjese en aquella pareja. Si da vergüenza! Hablándose de amor y riéndose con todas las ganas delante de una muerta... ¡Qué escándalo!.. ¡Fíjese... fíjese, misia Rosalía! Está encendiendo un cigarro en la luz de la vela... ¡Qué desfachatez!

—Así son los mozos de hoy en día... Se burlan de todo el mundo. Mejor es no hacerles caso... ¡Ah!.. ¡En mis tiempos eran otra cosa!

Y las tres murmuradoras, como si sintieran escalofríos, envolvieron los brazos en los negros mantos, y se hundieron en el blanco sofá, exclamando por lo bajo:

—¡Qué gente!

—¡Qué hombres!

—¡Así es la vida!

Los «entretenidos» de enfrente se apretaban los belfos con las manos, sofocando las carcajadas.

—¡Qué ocurrencia, Julián!

—¿Y qué tiene?.. Unas cuantas vueltas nada más. Haríamos buena pareja... ¡Qué parecería la vieja, tan tiesa, tan nariguda, en medio de la sala!.. Bailaríamos la danza... macabra .. A ver si asusto á aquellas tres viejas que nos miran escandalizadas...

—¡Qué horror!—Y la pizpireta doncella subió sus manos afiebradas de emocicnes, hasta los ojos, y se quedó mirando por entre los dedos á la muerta, como si temiera que ésta se levantara de su lecho.

La buena abuela seguía haciendo su silencio solemne, apretada en aquella dura cama en que se dormía tan mal, con el mismo ademán de la primera hora, rígida, precisa, cortante, sin una flojedad. Aquello parecía un desafío y una atención. ¿Oiría la muerta?

De pronto los murmullos de la sala agonizaron como un rumoreo que se aleja. Y de un extremo se escuchó un cuchicheo.

—El nieto de misia Rosalía...

Por la puerta de los cuartos interiores entró un mozalbete de pocos años, alto, demacrado, con palideces de cirio enfermo. Era el nieto de la muerta. Caminó tambaleando hasta la caja negra, y allí, silencioso, sin una contracción, sin un aspaviento, se quedó contemplando el rostro sereno de la abuela, ahogando su dolor, en una rememoración quizá de recuerdos alegres muy distantes, de frescas angustias, de incipientes desconsuelos...

Nuevos visitantes hicieron irrupción en la sala. Eran tres salta-charquillos, tres humanidades liliputienses, tres lilas, que midieron con mirada de insolencia, con aires reideros, de fiesta, los lutos, las luces, las siluetas calladas que se remontaban en los asientos, los cuadros de las paredes, la gravedad del deudo, la inmovilidad infinita de la muerta...

Eran las aves negras de siempre, los avechuchos picoteros de inmundicias, rastreadores del camino que empieza en una cuna y acaba en una tumba, los buitres sociales, que en bandada acudían al festín...

Se miraron, se consultaron con miradas y sonrisas, é hicieron ruido sordo de cadenas al hablar todos juntos por lo bajo.

—Vive lejos la muerta!.. Si nos hubieran hecho caminar para nada...

—¡Hum!.. No sé qué te diga... Pero todo esto me huele... á hosamenta... Miren la vieja: no le quedaba más que nariz...

—¡Quién sabe! Todavía puede que encontremos algo... Yo le pregunto á ese...

Y el más desencuadernado, el más atrevido, se arrimó al nieto que llegaba, y se estiró como una sierpe hasta su oído.

—Diga:... ¿No sabe dónde está... eso...

—¿Eso qué?

—Eso... el *buffet*... la *biblioteca*...

El deudo vibró iracundo como un elástico que se suelta. Rechinó los dientes con ruidos de avellanas restregadas, y al contraérsele la cara hizo una mueca.

—Allí... allí afuera... en la calle...

Y con el gesto, con los músculos contraídos, con su dolor rebosado por el cuerpo, con todas las convulsiones del cariño abofeteado, les enseñó la puerta...

Luego, afuera reían á carcajadas... ya dentro alguien lloraba sin consuelo.

Y en tanto, la muerta, impasible, escuchaba... escuchaba...

MANUEL MEDINA BETANCORT.

Carnaval

Aún parece que el último carnaval no quiere morir entre nosotros definitivamente. Da sus últimas boqueadas con sus últimos ecos, es cierto, pero todavía las da. Y si no que lo diga la información gráfica adjunta que ofrecemos, venida de un rincón de campaña, de Rocha. En ella aparece el carro mejor adornado que se paseó por las calles de la capital rochense, por lo que obtuvo el primer premio en el concurso que en esos días de Momo se verificó.



El susodicho vehículo cargaba un hermoso grupo de flores rochenses que hicieron la codicia y admiración de todos los que las vieron. No había, al mirar las caritas frescas y juveniles del manojo femenino, pará qué ponerles la leyenda que borda el enjaezado carro. Demasiado se ve: son flores en *bouquet*.

Nuestros establecimientos de enseñanza

EL «INSTITUTO UNIVERSITARIO»



Pupilos y medios pupilos acompañados de sus profesores — *Fot. de F. Barambio, Rivera 198.*

A título de información, ofrecemos á nuestros lectores una fotografía de los alumnos internos que en el « Instituto Universitario » cursan sus estudios superiores bajo la dirección de los competentes profesores del establecimiento. Pocos son nuestros centros educativos importantes, pero en cambio la escasez del número se encuentra compensada con la excelencia de los que existen. A éstos pertenece el establecimiento que nos ocupa, fundado hace largos años por el señor Albino Benedetti, harto conocido en los círculos universitarios donde ha desempeñado científicos y delicados cargos. En la actualidad al frente del Instituto se encuentra el distinguido educacionista don Félix Murugarren, ex catedrático de la Escuela Politécnica de la ciudad del Salto.

El robo en el Restaurant « España »



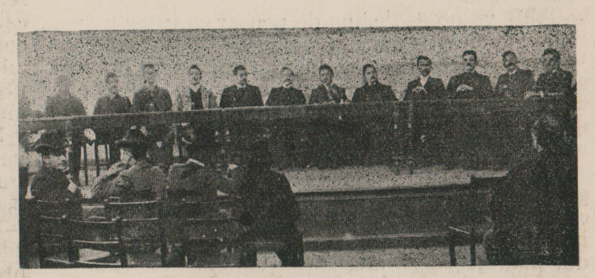
Frente del Restaurant «España»

Sigue preocupando la atención de la policía, el curioso robo cometido en estos últimos días en el Restaurant «España», propiedad del señor Guruchaga. A pesar del *buen olfalto* demostrado por el jefe político coronel Bernassa y Jerez, al mandar desagotar el aljibe de la casa, donde se hallaron las 1,540 libras esterlinas desaparecidas momentos antes, poco ó nada se ha podido adelantar en la pesquisa, á pesar de los esfuerzos de nuestros mejores sabuesos.

Los 2,962 $ que faltan para completar la suma sustraída al mayoral Bouvet, no han podido hallarse, ignorándose hasta ahora el destino que puedan haber seguido.

La huelga de sastres

Después de una época de relativa tranquilidad para la clase obrera, tan propensa á *levantarse en armas* contra sus patrones, los oficiales sastres han constituído la nota de la semana con motivo de un conato de huelga que felizmente no llegó á revestir un carácter general. Todo se redujo á continuas asambleas, comisiones y debates acalorados, á que los patrones no dieron mayor importancia, tal vez resueltos á ver á la masa de la población casi *en cueros*, como en los primitivos tiempos, siempre que las cosas se extremaran.



Comisión de los huelguistas — *Inst. de R. Blanco.*

La pechera azul

Entre María Rosa y yo existía un sentimiento que hasta ahora no sé definir.

¿Era amistad?

Problema obscuro.

Amor no era porque yo no sentía ese deseo ardiente, insaciable, inextinguible de verla y contemplarla siempre.

No era amistad, porque cuando estaba á su lado y la veía jugar con sus afilados dedos entre los bucles de sus cabellos, sentía algo egoísta, inquieto, huraño... como los celos.

¿O acaso los sicólogos no han encontrado un sentimiento intermedio entre la amistad y el amor? ¿Que sea tranquilo, desinteresado, y viva del recuerdo, como la amistad á la vez que inquieto, ardiente, voraz, y que sólo se extasíe ante la persona querida, como es el amor?

Pues si ellos no lo han encontrado, yo sí: no sabré qué nombre darle; pero es lo que sentía por la bella é inocente María Rosa.

¿Mas que fuerza misteriosa me atraía hacia ella.

¿Su belleza?—Si era bella.

¿Su bondad?—Era santa.

¿Su cariño?—Me quería: yo no puedo dudarlo; pero hasta hoy no sé si sentía por mí lo que yo sentía por ella.

¡Y no poder interrogar á las tumbas!..

En nuestras conversaciones, si sólo hubiera escuchado sus palabras, habría pensado que era mi mejor amiga! ¡Qué prudentes consejos! ¡Qué interés tan tranquilo por mi felicidad!

¡Qué bondadosa amiga, que con el rocío de sus palabras apagaba los ardores de mi frente!

Pero si sorprendía sus miradas... ¡ah!..

Entonces era mi amada.

¡Qué fulgor tan extraño en sus hermosas pupilas! ¡Con qué ansiedad me contemplaba! ¡Por qué cambiantes pasaba, desde el claroscuro de la duda hasta la claridad radiante de la felicidad! ¡Y qué cariñosa y qué amante me parecía entonces!

Más ya no es tiempo de pensar en estas cosas que me entristecen.

Hay entre nuestros cuerpos un hueco oscuro que los separa: la tumba; y entre nuestras almas, una aspiración infinita que las une: la eternidad.

II

Cuando tuve que emprender mi primer viaje á Europa, fuí, como era natural, á despedirme de ella. Cuando le dije que me iba, resbaló por sus mejillas una lágrima.

Palpitante, convulso, le pregunté:

—¿Lloras?

—Sí, ¡porque temo ese viaje.

¡Era mi amada!

—¿Y por qué le temes?

—Porque puede precipitar á usted por senderos que nunca habrá recorrido.

¡Ah, esa era mi amiga!

—¿Y me traerá usted un recuerdo de su viaje?

—Será más bien un presente—repuse—porque el recuerdo lo llevo aquí...

Y cuando en ese momento señalaba mi corazón, no me cabía duda que yo era su amante.

Pero cuando salí á la calle, y de la pasada escena sólo me quedó un recuerdo tranquilo y apacible, entonces... es claro... yo no era sino su amigo.

III

Cuando una vez en París pasé por uno de los boulevards, y vi en el escaparate de una tienda, una pechera azul con caprichosos encarrujados, yo no sé por qué, sin titubear penetré al almacén y la compré. Satisfecho con ella la llevé á mi hospedaje y la sepulté en el fondo de mi maleta.

Pero cuando allí la dejé y desapareció aplastada por un mundo de cosas, sentí opresión en el pecho y los ímpetus del llanto.

Y tuve que escapar otra vez al boulevard, para ahogar mi repentina tristeza, en medio del bullicio de miles de gentes, que tal vez, si andarían por all, buscando como yo otros tantos motivos de olvido.

IV

De regreso á mi país, fuí inmediatamente á verla, llevando debajo del brazo, la pechera azul.

Me recibió entre llorosa y gozosa, me dió muchas gracias por el modesto obsequio, y yo salí de la casa pensando todavía si María Rosa era mi amada ó era mi amiga.

Pasaron uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis meses... y un día que atravesaba la calle del Arzobispo—que era mi tránsito obligado—triste, cabizbajo, con un tropel de pensamientos desconsoladores en la frente, sentí chirrido agudo, antipático de un carro, levanté el rostro y vi una carroza que casi puedo decir me iba á tomar entre sus ruedas.

Sentí algo extraño, complejo, inaudito que paralizó mi lengua, anubló mi vista y dando traspiés fuí á caer, camo desplomado, sobre la pared vecina.

No vi nada, sino el carro mortuorio, un ataúd adentro de sus cristales y una cruz blanca sobre el carro; dulce é inmaculado emblema de redención y consuelo.

Así permanecí no sé qué tiempo como suspendido en el espacio, como helado mi pecho y ardiente mi cerebro, como entre los encontrados oleajes de la piedad y de la blasfemia.

—¡Bah!—dije por fin—¿pues qué tengo yo que hacer con los que se van? y ¿qué me importa un carro más que va tragándose á su víctima?.. Estoy perdido, soy un tonto nervioso que tiene aún mucho que sufrir... Vamos! alegrémonos... y me interné por los portales atestados de curiosos desocupados y alguno que otro amigo.



Buenos Aires antiguo.—Muelle de pasajeros

Cuando volví á casa, un sobre con filetes negros me esperaba sobre mi velador.

Lo abrí... ¡cielos!.. me invitaban para esa tarde al entierro de María Rosa. ¡Ese carro, ese ataúd tal vez llevaban los despojos de mi querida amiga.

Y lancé una carcajada, que no sé decir, si fué de amante loco ó de amigo desesperado...

. . . .

V

A los seis meses vino á casa el padre de María Rosa.

—Mi amigo—me dijo, quiero cumplir mi último deber con mi inolvidable hija. He mandado labrar para ella un sencillo mausoleo; una cruz á cuyo pie nace una palma, y hoy mismo voy á hacer la traslación de sus restos y...

—Y qué?—interrumpí anhelante.

—Quiero que usted me acompañe en este acto.

—Dios mío!—exclamé fuera de mí.

—Cómo—interrumpió con extrañeza—¿no era usted su mejor amigo?

—Sí, sí—respondí suplicante.

—¿No la quería usted con afecto verdadero?

—Sí, sí, respondí frenético.

—Entonces... ¿cómo me niega este servicio?

—Basta, basta por Dios: iremos. Y nos encaminamos ambos al cementerio! El padre taciturno y yo como se debe ir al suplicio: inconsciente y helado.

Llegamos al fin. Cuando el sepulturero empezó á destrozar la mezcla que tapaba la boca del nicho, yo hube de recostarme en otro nicho vecino, que tenía sus oscuras fauces abiertas, vorazmente abiertas.

Extrajeron el ataúd, dieron vuelta á la llave y yo... no la vi, no pude verla; no quise verla.

Solo un trapo encarrujado, descolorido, azul, pálido, deslumbró mi vista.

¡La pechera azul!—exclamé lleno de suprema angustia...

—¡Cómo!—me respondió el padre—¿no sabía usted que María Rosa, en las horas supremas de la agonía, ordenó que se le enterrase con un hábito blanco y con la pechera azul, porque así estaría vestida como la virgen de Lourdes, de quien era tan devota? ¿No sabía usted que cumplimos sus deseos... Y que nos anegaba el llanto cuando nos decía:

—El vendrá: estoy segura: y me verá morir, También me acompañará á mi última morada, ¿no es verdad que me quería y me trajo la pechera azul porque sabría que yo la habría de usar para siempre? ¡Cómo! ¿no sabía usted que ese carro que casi lo coge en la calle, llevaba los despojos de mi hija, que por allí la pasaron porque alentaba la esperanza de encontrarse con usted...

—Basta, señor... que me está matando...

Así imploré cayendo de hinojos.

En este momento—¡divina alucinación!—se escapó de sus descoloridos labios un suspiro... y sentí que las alas de su alma angelical, rosaban muy leves en mi frente cadavérica.

Y en ese supremo instante, Rosa mía, no eres mi amiga... es, que yo te amaba!..

HILDEBRANDO FUENTES.

Cómo hago mis dramas

Escojo una «pasión», tomo una «idea»,
un problema, un carácter y lo infundo
cual densa dinamita en lo profundo
de un «personaje» que mi mente crea.
La «trama» al personaje le rodea
de unos cuantos «muñecos», que en el mundo
ó se revuelcan en el cieno inmundo
ó se calientan á la luz febea.

La mecha enciendo: el fuego se propaga,
el cartucho revienta sin remedio
y el «actor principal» es quien lo paga.
Aunque á veces también, en este asedio
que al «arte» pongo y que al instinto halaga
me coge la explosión de medio á medio!

JOSÉ ECHEGARAY.

Actualidad extranjera

Reciente todavía el accidente automovilístico ocurrido al maestro Puccini, el mundo sportivo deplora una nueva catástrofe, de la que ha sido víctima el conde Sborowski, cuya destreza y sangre fría le habían hecho triunfar en rápidas y arriesgadas carreras. La última gira le ha sido adversa, perdiendo en ella la vida, que tantas veces dió pruebas de despreciar, no obstante fuera poseedor de una mujer joven y rica, propietaria de la Opera de Nueva York y de otros dos grandes teatros de América. El 1.º de abril el conde subió á su automóvil con el barón de Pallange, con el fin de realizar la carrera «Nizza-La Turbie», considerada dificilísima por las bruscas sinuosidades del camino. En 15 minutos debía de recorrerse el trayecto y los automóviles se largarían con intervalo de tres minutos entre uno y otro. Al tocarle el turno al conde, partió con una velocidad espantosa, impresa por un poderoso motor de 80 caballos. Pero en una curva brusca, próxima á «Sorgentina», insalvable con una marcha rápida, fuése el automóvil sobre las rocas que bordean el lado derecho de la carretera, lanzando á sus conductores, como consecuencia del choque, á varios metros de distancia. Sborowski, con el cráneo fracturado, quedó muerto instantáneamente; no así el barón de Palange, que, más afortunado, sólo sufrió heridas de cierta consideración.



El automóvil y el conde Sborowski después de la catástrofe

—Inmediatamente después de celebrado en Roma el congreso histórico, fué inaugurado en la misma ciudad, el 13 del pasado mes, un importante Congreso de Agricultura, del que damos cuenta en esta información. En el vasto recinto de «Campidoglio» realizóse la sesión inaugural, á la que asistió la pareja real italiana acompañada de las más encumbradas autoridades del reino. En la sala principal, la sala del trono, aglopóse la distinguida concurrencia, entre la que se hallaban representantes de Bélgica, Holanda, Francia, Alemania, Rusia, Portugal, Hungría, Austria, Suecia.



Congreso de Agricultura.—El banquete

A lo largo de la escalera del museo se estacionaron los guardas y los ugieres vestidos con ricos trajes rosa y amarillos. El síndico Colonna saludó á los congresales en nombre de Roma; Bacelli, ministro de agricultura y comercio, indicó los adelantos que el hon. Mélline ha introducido en la agricultura de su país. Habló después el marqués Cappelli, presidente del comité organizador del Congreso, proclamando al ex ministro Mélline autor de la fiesta que se realizaba, desde que á él ocurriósele la idea de proclamar el primer congreso internacional de agricultura. Terminó la sesión con un banquete de 2,500 invitados. Al sentarse los comensales á la mesa fueron lanzados al aire miles de pichones de palomas mensajeras, acto en el cual se tomó la fotografía que reproducimos.



Al soltarse las palomas





Juan Bovio

—A las ocho de la mañana del 15 del pasado, falleció en Nápoles el filósofo Juan Bovio, autor de la monumental obra «Genio».

Por muchos años enseñó filosofía y en la universidad de Nápoles desempeñó además las cátedras de historia del derecho, derecho público comparado, y enciclopédica jurídica. Como hombre público se destacó siempre por sus arraigadas ideas republicanas. En la Cámara, á la que perteneció durante la XIII legislatura, acaudilló el pequeño nucleo de su partido.

—Mal ha empezado en España la actual temporada taurina. Una robusta res, de afilada cornamenta, malhumorada con la vista de banderillas y trapos rojos, consiguió en una envestida rápida coger al torero Antonio Fuentes, dándole unos fuertes revolcones en mitad del redondel.



La cogida de Fuentes

Felizmente para la víctima el trance se limitó á algunos cornazos bien metidos, que pudieron haber hecho más destrozos que los ocasionados.

Paseo campestre

Con motivo del paseo efectuado el tres del corriente por la sociedad «Operai Italiani», el aficionado Spagnino tomó para nuestro periódico la fotografía que insertamos. Como puede verse por el título, este centro se halla formado en su mayor parte por hijos de la bella Italia, al cabo ya de las costumbres de nuestro suelo, como lo comprueba el hecho de que en la fiesta, mate, guitarra y asado con cuero fueron los números más solicitados por los numerosos comensales.



Grupo de asistentes

En todo, el almuerzo reinó la más cordial y franca alegría, y los asistentes pudieron regar con el fortificante piemontés, el jugoso churrasco criollo, como símbolo de unión entre orientales é italianos.

Una niña quemada

Víctima de la temeraria imprudencia que acompaña siempre á los pocos años, falleció el lunes de la pasada semana la niñita de seis años de edad Manuela Santos Reboledo.

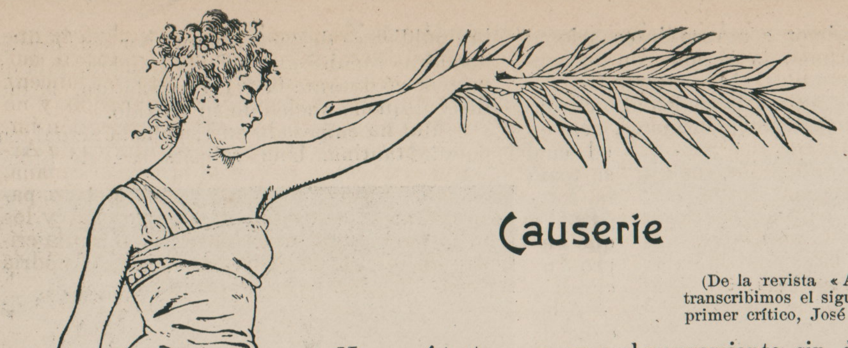
En la calle Arenal Grande esquina Aurora vivía Manuelita en compañía de su padre adoptivo don Luis Reboledo, apreciado comerciante en el ramo de tienda, cuando una travesura de pequeñuela le ocasionó una muerte lente en medio de los mayores dolores.



La niña Manuela Santos Reboledo

En momentos en que en la cocina de la casa hallábase una sartén conteniendo gran cantidad de aceite hirviendo, la niña, aprovechando un descuido de la cocinera, volcóse todo el líquido por el cuerpo, lo que le ocasionó quemaduras de consideración. Con su cuerpecito en carne viva, casi agonizante, fué trasladada rápidamente á la botica más cercana, sin que desgraciadamente los auxilios de la ciencia dieran el resultado que se esperaba.

A las pocas horas la infeliz criatura exhalaba su último suspiro, martirizada por las múltiples llagas que la cubrían.



Causerie

(De la revista « Actualidades », de Lima, transcribimos el siguiente juicio sobre nuestro primer crítico, José Enrique Rodó).

No voy á tratar de la obra de Rodó pensador, y púgil victorioso en la lucha por la idea latina. Es tan noble la acción de «Ariel» el libro simpático y sugestivo—tan fuerte su acento de restauración latina — que más q' comentarlo hay que leerlo y admirarlo. Quiero dedicar esta *Causerie* al crítico brillante, al intérprete sutil de las bellezas poéticas de Rubén Darío.

La crítica en la América Latina ha sido generalmente labor de gacetilla ó triste glosa hermosillesca. Enrique Rodó se ha apartado de estos caminos trillados, y ha querido que en su obra domine un pensamiento sereno y profundo. Cuando critica un libro ó cuando escribe esos artículos vastos y penetrantes—«La novela nueva», «El que vendrá»—observa tendencias generales, descubre el oro oculto del idealismo y señala orientaciones vigorosas. En este sentido nuevo de su crítica, su libro más hermoso es el que ha dedicado á «Prosas Profanas», la gentil obra poética de Rubén Darío. Es un análisis minucioso de esas poesías, en que la imaginación del crítico robustece la labor del poeta y precisa los vagos contornos y pide á la evocación histórica un cuadro de enérgico relieve para el pensamiento esfumado de Darío. Pero también es un animado estudio sobre la personalidad del poeta, en que discute su valor y la distinción aristocrática de su numen y sus relaciones con Verlaine y hasta sus innovaciones métricas y el arte mimoso con que—en las portadas de sus libros—escribe nombres paradógicos ó títulos simbólicos: Azul, Los Raros, Prosas Profanas...

Es siempre la obra de Rodó completa, rica en intuiciones y en crítica, animada de un nuevo espíritu. El, como Guyau, piensa que más que los defectos, deben ocupar el análisis las bellezas y excelencias. Por eso, es su crítica tolerante y sabia, y se detiene en las cumbres. Enseña sin tonos magistrales y abre perspectivas renovadoras. Lo que en él encanta es la profunda ciencia literaria, esa erudición que exorna el pensamiento sin debilitarlo, esa rica serie de recuerdos de arte y de libros, en que se deleita el crítico, y que en sus artículos tienen todo el valor de una afirmación magistral. Su pensamiento asocia por grados, por términos próximos, y el recuerdo viene llamado por el discurso, sin alarde pedantesco y como despertando á la caricia de la idea. Es una unión de anillos, sin solución de continuidad. Nunca en América, el peso de una condición abrumadora, se aligeró tanto por el arte maravilloso del crítico. Y como Rodó no ha limitado sus estudios, como ha sido viajero ilustre por todas las literaturas contemporáneas, su obra reune á los encantos del exotismo, el fuerte sedimento de la cultura tradicional, la herencia del noble abolengo castellano. Y qué exotismo el de Rodó, que no se detiene en apariencias engañosas ó en obra aplaudida por muchedumbres, sino que busca también el fruto exquisito, que brota en jardines secretos.

Sólo esta cultura varia, unida á la seriedad de su espíritu, explica que Rodó haga obra nueva y generosa en sus artículos. Cada uno de sus escritos revela un estado de alma, ó una tendencia fecunda que él desea para la tierra americana. Son nuevas lámparas que él quisiera encender en los templos desiertos. En «El que vendrá», Rodó estudia nuestra época de transición literaria, en que se han agotado las grandes iniciativas del siglo muerto, y falta—para las almas ateridas, para los cerebros inquietados por la Duda,—un revelador que traiga el bálsamo nuevo para los corazones agostados. En «La novela nueva», defiende el crítico una expresión moderna en la novela, que responda á la nueva complejidad de las almas, y sea el símbolo de nuestra unión con el pensamiento de la Europa literaria. Y en el estudio sobre Rubén Darío, analiza magistralmente la pobreza del arte americano, y su impotencia para expresar un ideal *humano*, si ha de encerrarse en las estrechas mallas de un americanismo original y rancio. En todos sus escritos, Rodó deja siempre la huella de su espíritu prodigiosamente complejo y amorosamente abierto á las fecundas orientaciones europeas.

Si le preguntáis por su estética, os dirá quizás que no la tiene; tan enemigo es de los códigos estrechos y de los cuadros de hierro. Pero si entendéis por estética cierta dirección crítica, cierta posición de espectador ante las agitaciones actuales, cierta predilección selectiva entre las obras de los grandes sembradores modernos, aceptará seguramente el dictado de esteta, y hasta os remitirá á sus libros, como á los mejores heraldos de su idealidad crítica. Yo voy á resumir aquí sus principios generales, desgajados de sus artículos más notables.

Para Rodó, la crítica debe ser tolerante y flexible, amante de ideales determinados, pero sin apasionamientos irreflexivos: «comprender es casi siempre tolerar»". La verdadera alteza de su espíritu estará en una comprensión infinita, en una plasticidad inagotable, para adaptarse á todas las obras y juzgarlas dentro de sus cánones. Nada es más condenable, más infecundo que el prejuicio, nada más torpe que la crítica cerrada y exclusiva. Y Rodó podría hacer suya la frase simpática de Guyau: «criticar es perdonar». En el arte, no hay más ridícula arrogancia que la de los que se erigen en poseedores de verdades absolutas, la de los predicadores del «arte inmóvil». El Arte, como la vida, á la que lo asimilaba Guyau, es siempre evolutivo, movedizo, rico en cambiantes. El Arte es sincero, debe traducir la idea de una generación, y no puede gustar, el vestirse, por una regresión imposible, con arreos gastados. Cada forma de Arte, cada ideal que enriqueció el alma humana, vive, en el futuro, depurado y ennoblecido, pasadas ya las tempestades de su aparición y los entusiasmos de los novadores. La fórmula crítica — demasiado impesionista quizás — podría ser esta: «El arte es lo oportuno».

(*Continuará*).

Manchas grises

I

EL VIUDO

Acababa de llegar de un largo viaje con el cuerpo abrumado de cansancio y el espíritu gozoso por la labor efectuada.

Sentado en mi despacho, leía las cartas últimamente llegadas que me proporcionaban, con las muestras de amistad y estima que contenían, una á modo de afectuosa bienvenida. Algunas eran antiguas, entre ellas un pliego orlado en negro que me produjo al leerlo una intensa emoción. Era una esquela mortuoria así concebida:

«Alba de Yñiguez ha muerto; ruego á usted le consagre un pensamiento á su memoria — *Carlos Santos.*— Abril 18 de 19...



La Rioja.—Iglesia de San Francisco

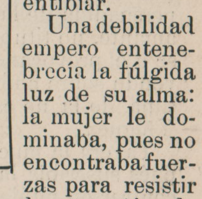
Aquel Carlos Santos había sido para mí un amoroso hermano de los días de prueba; un inseparable camarada en mi bohemia de luchador, cuando ambos éramos desconocidos y despreciados.

Su genio artístico, para mí evidente desde el primer instante, había sido escarnecido mil veces con la burla soez y la chacota de los ignaros. Ambos, sintiéndonos impulsados por la misma fuerza, llamados á ser algo en el mundo, á pocos asequible de los luchadores de la idea, nos habíamos unido comulgando en idénticos afectos é ideales: nos comprendíamos al primer gesto, compartíamos un infinito desdén por la multitud estulta y egoísta, sin que jamás pudieran, ni el hambre ni la miseria ni los padecimientos, domar nuestro irreductible orgullo.

Carlos era una figura pobre y endeble, de estatura mediana, con un perfil de medallón antiguo; ojos pequeños y luminosos ocultos tras los lentes. Usaba una melena larga que daba materia á vulgares, pero no por eso menos reídos chascarrillos.

Su alma exquisita, templada como la más fina hoja toledana; su genio asombroso que arrancaba inauditas armonías de las gélidas teclas del piano ó hacía brotar con su pincel alígero, delicadas figuras del lienzo, se mantenía desconocido, ignorado para la turba que sólo veía en él un desheredado, misérrimo bohemio sin más patrimonio de fortuna y sin más presente ni porvenir que la miseria y la muerte obscura y triste de los vencidos de antemano.

Yo, que como él me sentía elegido, le admiré, y de aquella recíproca estima y simpatía surgió una amistad inquebrantable que ni la carcoma de los años ni el corrosivo de la ausencia habían podido entibiar.



Una debilidad empero entenebrecía la fúlgida luz de su alma: la mujer le dominaba, pues no encontraba fuerzas para resistir la atracción de unos ojos bellos. Sus amores eran en número infinito, pero como las anémonas, decoloridos y sin perfume. Tímido hasta la exageración, jamás se atrevía á confesar su pasión á las inspiradoras de ella. De este modo centuplicaba sus padecimientos, que callaba y ocultaba como cosa culpable y vergonzosa.

Fué así, que apasionado hasta la demencia por Alba de Yñiguez, no osó nunca confesarla su adoración sobrehumana.

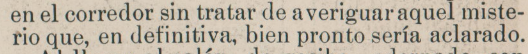
Sólo la predestinación ó el acaso, como mejor se quiera, pudo lograr el reunirlos despertando en el pecho de Alba, de varonil carácter y hombruna resolución, un amor apasionado hacia el pobre artista.

Adivinó ella, bajo aquel aspecto miserable, las exquisiteces de su alma, previó y supuso la timidez que impedía á Carlos intentar una aproximación y resuelta en su decisión de mujer

enamorada y valerosa le escribió una larga carta en que le autorizaba para amarla y le anunciaba que era amado.

Los apasionados acentos de aquella carta, transportaron á Carlos á la apoteosis de la dicha. Su inspiración, alentada por la felicidad que se le ofrecía tan inesperadamente, le sugirió un himno vibrante, un hossana de acordes palpitantes que, apenas conocido, fué objeto del asombro y de los plácemes entusiastas de los críticos más severos, logrando conquistar en breves meses, una fama que durante tormentosos años había estérilmente perseguido.

Su gloria, que en justicia debía á Alba, acrecentó su pasión y lo decidió de acuerdo con ella á hacer á sus padres, nobles de rancios pergaminos, desdeñosos y altaneros, formal petición de la mano de Alba.



La Rioja.—Plaza principal

La respuesta, como á todas luces era de esperarse, fué desfavorable y desalentadora. Una rotunda negativa con la despreciativa prohibición de todo nuevo intento en análogo sentido.

La desesperación del pobre muchacho fué tanta, que ni la certidumbre del amor de Alba ni los empeños y esfuerzos de mi amistad bastaron á calmarlo.

Decidido á matarse, así lo escribió á Alba que, persuadida de la sinceridad del propósito de su amante, no titubeó un momento y corrió á unirse á él provocando un ruidoso escándalo y atrayendo sobre ambos la cólera, impotente por fortuna, de la no escasa y linajuda familia de los Yñiguez.

Tal era la muerta y tal el que, ocho años después suscribía la esquela que acababa de encontrar en mi despacho.

Recordaba las ilusiones de ambos amantes, antes del matrimonio secreto del que fuí único testigo; sus ambiciones para lo porvenir; su dicha que iluminaba sus semblantes; las cartas que durante mi viaje recibí de ambos en que se mostraban tan gozosos y felices...

Y ahora, sin preparación ni antecedente, la noticia brutal de la catástrofe impensada, ocurrida dos meses antes.

No me detuve un momento: corrí á la casa de mi amigo, ansioso de prodigarle mis consuelos; de patentizarle mi perseverante cariño y de servirle, en suma, un remedio que suavizase la crudeza de su pena.

Llegué á la casa, llamé impaciente y acudió á abrirme una antigua sirviente para la que no era yo un desconocido.

Lanzó una exclamación de júbilo y me saludó con la afectuosidad de siempre:

—¡Venga, venga! — exclamó.—¡Qué alegría para el señorito Carlos.. y la señorita Andrea, qué contenta va á ponerse, usted no sabe los deseos que tiene de conocerlo. ¡Pase, pase!..

El nombre de Andrea, completamente desconocido para mí, me sorprendió; pero ansioso antes que nada de ver á Carlos, penetré en el corredor sin tratar de averiguar aquel misterio que, en definitiva, bien pronto sería aclarado.

Al llegar al salón de recibo, adornado con exquisito gusto, donde tan sabrosas pláticas habíamos tenido, Alba, Carlos y yo, no pude contener una exclamación de sorpresa: mi amigo estada sentado en un canapé echado abandonadamente sobre el busto de una hermosísima mujer como de veinticuatro años, admirablemente bella.

Al verme, Carlos se levantó apresurado, algo confuso por haber sido sorprendido en aquella actitud y corrió hacia mí con los brazos abiertos, pero con el rostro algo nublado expresando ligera mortificación.

—¡Mi amado Fidel!..

Exclamó, y al abrazarme correspondiendo á mis efusivas caricias murmuró ansiosamente:

—No hables de la *otra*, ¿sabes? «Esta» es muy celosa... y me quiere tanto! ..

ARTURO R. DE CARRICARTE.

Marzo 24 de 1903.

Marina

La roja luz de un faro,
cual el ojo de un cíclope gigante
ilumina la vela crepitante...
Y las blancas espumas,
en esa noche de las densas brumas
besan al viejo barco caminante.

Como los blancos cisnes del Eurotas
que vuelan en las playas del Tirreno,
cruza un bando disperso de gaviotas...



Por las escalas del cielo,
el astro de la aurora se levanta,
y en un bloque de hielo,
hay un alción fatídico que canta.

Asoma el rubio sol, huye la niebla.
Cruzan los buques, destrozados, rotos,
por el espejo de la mar en calma;
y al soñar con la patria, los pilotos
preludian sus cantares, cual ignotos
lamentos fugitivos de algún alma.

JUAN GUERRA NÚÑEZ.

Del Salto

Romerías españolas



Al partir

Siguiendo la añeja costumbre, realizáronse en el Salto, en el paraje denominado «Las aromas», las populares é interesantes fiestas españolas. Como en años anteriores, concurrieron á ellas las familias más conocidas de la localidad, diseminándose en el campo donde jotas y muñeiras sacaban de quicio á los hijos de la vieja España, alborotados ante la música de los gaiteros y de las bandas «Estrella Salteña» y «Siamo Diversi».



Familias salteñas en «Las aromas»



Achona etá amona



Viejos son los trapos



El fandanguillo

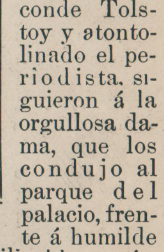
Fotogs. de Serafín Cañizas.

Crónica

MENTIRAS

La tarde caía. El sol doraba el horizonte, que á través del ramaje desnudo de los árboles, parecía surcado por un torrente de oro líquido, sobre el cual rodaban plomizas moles de vapor, filetes semejantes á ligeras plumas de cisne blanco, masas negruzcas, cuyos contornos se contraían y dilataban, ya con la majestuosa conformación de un coloso, ya con las horribles formas de animal horrendo, ya semejando torres, brujas, árboles, flores, ya con risueños perfiles de caricatura... La gran mentira de la puesta del sol, en que el espacio ríe con gozo fingido, llenaba todo el horizonte.

Yo, viendo como el gran solitario de nuestros días, el padre Sol, tramontaba los agrestes picachos, semejantes á crestería de vieja catedral, pensaba, entristecido, en otro gran solitario; en Tolstoy, el venerable apóstol, que al llenar el universo con la luz de sus predicaciones, se revestía, cerca del sepulcro, con túnica de engaños. El viejo moralista, de cabellera empolvada por la edad, y venerables facciones de asceta; el reposado predicador de todo lo humilde, de todo lo justo, de todo lo bueno, aparecía con máscara de hipócrita, con apostura de juglar, de comediante adocenado. Era un golpe rudo para quien como yo, habiendo creído en todo, no va creyendo en nada.



Aunque se mueva no importa

Mis ojos, en la solemne calma del crepúsculo, volvían á fijarse en la hoja impresa, crucifijo del gran Tolstoy, donde al par de las «palabras» del *Dios viviente* veíamos los «hechos» del hombre... ¡La inacabable comedia humana! ¡Icaro proteiforme, tú, con tus frágiles alas, llenas la historia de la humanidad!

¡Siempre la mentira aleteando en torno nuestro! Lo mismo se incuba en cerebro juvenil y asoma por labios rojos, creados para ser al alma lo que el cráter al volcán; que nace en el cráneo del hombre superior, entre verdades sublimes, y surge por descoloridos labios, de los que fluyen ideas redentoras como de manantial inagotable. ¡Siempre la mentira y con la mentira la farsa! ¡Siempre el pensamiento fingido y la acción engañosa!

Tolstoy, el hombre cuya existencia ha transcurrido entre predicaciones aconsejando la distribución de bienes, es un Creso. El apóstol á quien vimos siempre retratado de *mujik*, viste como el menos sencillo de los hombres. El casi asceta que con tal saña combate la ostentación y el lujo, vive una vida muelle y regalada en palacio ostentoso y usa carruajes con blasones de los que tiran magníficos *stappeis*. Tolstoy, el divino Tolstoy, que clama contra la servidumbre, tiene un ejército de criados que visten fastuosas libreas. El hidalgo virote que abomina de los hijos y asegura que menguando la reproducción de la especie seguimos la senda de lo perfecto, es trece veces padre.

El detractor del gran enemigo del Arte y artista sobresaliente, enumeraba hechos risibles, vulgares, que caían como poderosas mazas sobre el pedestal del ruso bíblico, destrozándolo, pulverizándolo... Cierto inglés, periodista de cuenta, llegó hasta Tolstoy, ganoso de retratarle, y á ello hubo de acceder éste, con la atildada cortesanía que se evidencia en sus escritos. Dispuestos los menesteres necesarios, colocó el periodista á su modelo, delante de la puerta principal de muy lujosa cámara, entre los esplendores del lujo más refinado; y apenas iba á entrar en ejercicio la cámara oscura, presentóse inopinadamente la condesa, quien regañando en ruso á su cónyuge, exclamó, dirigiéndose al cariacontecido fotógrafo: «¡Aquí, no; imposible!». Dócil el conde Tolstoy y atontolinado el periodista, siguieron á la orgullosa dama, que los condujo al parque del palacio, frente á humilde choza abandonada; á lo sumo utilizable, según se afirma, para guardar los utensilios del jardinero; y allí fué retratado el predicador de la verdad, cuya gloriosa efigie anda por el mundo con una leyenda al pie, que dice, sobre poco más ó menos: «Tolstoy delante de su choza».

¡Otro ídolo que viene al vuelo! La verdad es cruel. A su paso por el mundo, lo trueca, en gigante cementerio de ilusiones. ¿Quién no tiene algunas cruces en el alma? Mis ojos, entristecidos, vagaron en todas direcciones. Sobre mi cabeza resbalaba mansamente una nubecilla semejante á ligero copo de algodón; allá, en la lejanía, se recortaban sobre un fondo plomizo los tejados de la ciudad, donde la vida alienta; y junto á mí, hoscosos, terribles, se empinaban los viejos muros del camposanto, donde la muerte reina. Lejos, muy lejos, una campana prorrumpió en doloridas lamentaciones. En la augusta calma crepuscular, vibraron en mi oído los melancólicos acentos de Hamlet en su tristísimo «palabras, palabras, palabras», y misteriosa voz, en las tinieblas de mi espíritu, dijo quedamente: «Mentiras, mentiras, mentiras»...

S. HERNANZÁEZ.



Durante el crepúsculo

I

Aun del alto balcón, la luz discreta
En hilos de oro pálido caía,
Y aun la canción del último poeta
Temblada en la marmórea galería.

Dudé; temí... confuso y vacilante
Detuve en el umbral la incierta planta,
Y un dulce acento murmuró: «¡adelante!»
Y una voz juvenil me dijo: «canta».

Entonces penetré: cobarde y mudo
Clavé en el fondo del salón los ojos,
Y vi brillar el esmaltado escudo
Bajo un dosel de cortinajes rojos.

II

Y la miré... Sobre el sitial oscuro
Su inmaculada faz resplandecía,
Y se bañaba el tapizado muro
En la azul claridad que la envolvía.

¡Hermosa aparición!.. Doblé la frente,
Pulsé el laúd y medité un momento...
Y empecé á desatar tímidamente
El ala entumecida al pensamiento.

Canté: «Yo soy el nuncio de la pena;
Vengo de las comarcas del olvido,
Y, bardo errante, mi palabra suena
Con algo de sollozo comprimido.

Señora mía, ya fragantes flores
Los caballeros á tus pies regaron;
Ya en el rojo escabel los trovadores
Para verte y cantar se arrodillaron.

Hizo verter tu mágica belleza
Raudales de armonía á los laúdes,
Y ciñe, como un nimbo, tu cabeza
El fulgor celestial de las virtudes.

El áureo manto de tus hombros rueda
En blandos pliegues por la rica falda;
Hasta el chapín que bajo el brial de seda
Despide sus destellos de esmeralda...

¡Conserve Dios tu vida y tu abolengo!
Yo me alejo de aquí... noble señora;
Que soy el nuncio del dolor y vengo
Del lejano país donde se llora!

Morir debieran en el aire mudas,
Las pobres notas que mi lira arranca;
Yo solo sé cantar amargas dudas,
Y trovas tristes á mi musa blanca!..

III

Después... colgué el laúd, la vi un instante,
Holló mi planta la tupida alfombra,
Y tímido, confuso, vacilante,
Dejé el salón y me perdí en la sombra.

LUIS G. URBINA.

En la prueba

Cómo en herirnos la crueldad se afan a
Cómo á esquivarnos la piedad empieza!
Si parece mentira, dulce hermana,
que siendo tan pequeña el alma humana
pueda en ella caber tanta tristeza!
Oh, sombra sin luceros, bien te ensanchas;
oh hierro, bien escarbas nuestra herida!
Mas qué importan, Dolor, tus avalanchas
de angustia! Nuestras almas son dos manchas
muy blancas en lo negro de la vida!
Valor! Tú eres virtud y yo denuedo;
antes de herirnos temblará la daga
y acaso rompa tu mezquino enredo.
No temas, el puñal tiene más miedo
que el noble corazón á quien amaga.
Ama, sufre, ora, aguarda, y no te asombre
si siendo buena tu tormento crece
¿qué es la ventura en la existencia? Un nombre...
¿que es la vida? Un sollozo. ¿Qué es el hombre?
¡Un átomo de noche, que padece!
Ama y aguarda: la creación entera
amando radia y aguardando enflora.
¡Mira el nido y la rosa en la pradera!
Todos los nidos te dirán: ¡espera!
Todas las rosas te dirán: ¡adora!
Sufre y aguarda en la existencia vana;
nuestro amor será luz que siempre arde
y que siempre arderá triste ó ufana.
Si ayer fué como el sol de la mañana,
hoy será como Vésper en la tarde...
Ora y aguarda, la fortuna inquieta
romper no puede nuestros firmes lazos.
Cuando llegues conmigo hasta la meta
¡con cuánta fe te cantará el poeta!
¡con cuánto amor te arrullará en sus brazos!

AMADO NERVO.



Las tres virtudes

Aurora era una niña de cabellos rubios y ojos azules, que tenía sonrisas tranquilas como las de su linda tocaya cuando abre las puertas al Sol.

Yo la conocí; era muy perspicaz, curiosa y juguetona: al fin mujer. Pero sus juegos los hacía siempre con las rosas, las campanillas azules, alguna ráfaga de viento, uno que otro rayo de luz y hasta con las linfas de las fuentes.

Y siempre hacía sus preguntitas tan inocentes y profundas, que ni los más graves Padres de la Iglesia, ni los sabios más experimentados las habrían hecho mejores.

Tomaba, con sus nacarados dedos, á una avecilla por las alas, y cuando abría el piquito, le decía:

—¿De dónde vienes? ¿Por qué has dejado tu nido? ¿Cuál es tu origen? ¿Qué fin persigues en medio de los aires?

A las flores, cuando depositaba en sus corolas un soplo de su aliento perfumado, también les preguntaba:

—¿ Tienes alma ? ¿ Acaso por tus fibras corre el calor de un sentimiento? ¿Amas á tu tallo y buscas en el campo las íntimas armonías?

Y así eran todas sus preguntas, más serias y más profundas que las que he leído en los grandes mamotretos de la filosofía escolástica.



Sarita Oliver

—

Pues un día corriendo por el campo tras de una mariposa de cambiantes colores, encontró á su paso una rosa pálida meciéndose sobre un tallo cimbrador.

Aurora tenía que jugar con ella y hacerle sus preguntas.

Principió por darle un beso que hizo subir á las hojillas de la rosa un colorcito de rubor; después le dió otro beso; y han de admirarse mis lectores, porque la rosa se cambió en una hada muy bella que tenía á la luz por ojos y á las tinieblas por rizos de sus cabellos.

Aurora no se asustó, porque otras veces peores cosas le habían sucedido; sino que la dijo: ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu destino?

—Pues yo nazco — respondió la hada – aquí, en los campos, vivo con las flores y me embriago con sus perfumes. El rocío apaga mi sed y el jugo de la tierra me alimenta. Vivo de la verdad y de la naturaleza. Busco la inocencia como la tuya, cándida niña, para fortalecerla; voy tras los grandes ardores y desconsuelos del hombre para mitigarlos; y si la inteligencia de la humanidad vacila, yo la sostengo con mi fortaleza. Soy el apoyo de la ciencia, la base de la religión, la atmósfera de la verdad.

—Pero ¿quién eres, entonces?

—Soy la *Fe*... Y la hada desapareció.

Aurora se quedó pensando en que el beso de la inocencia en los senos de la verdad hace nacer la Fe.

—

Otro día empuñó su manecita un rayo de luz que había penetrado curioso por las rejas de su ventana.

¡Y cómo lo apretó contra su corazón virginal!

Pues este apretoncito hizo que del rayo de luz saliera un ángel de miradas dulces y con alas de blancas espumas.

¿Quién eres y qué persigues? – le preguntó la inocente Aurora.

- Yo bajo del cielo entre los rayos del sol; busco las tinieblas y los dolores para disiparlos; mi vida está en el pan que mata la ansiedad del hambriento, en las migajas que caen del festín del opulento al plato de barro del pobre.

Unas veces me visto con la púrpura de los reyes, otras con el blanco velo de la inocente vestal. Ya se me ve en el hospital, ya en el campo de batalla, y por doquiera dejo gratos recuerdos de mis inmensos beneficios.

—Dime quién eres.

—Soy la *Caridad*... Y Aurora se quedó sola reflexionando que de un rayo de luz sobre un corazón inocente brota la Caridad.

—

No tardó el día en que Aurora había de ir á las riberas del mar.

Tomó en el hoyito de su mano gotas de la onda amarga, y como era juguetona las roció sobre su pecho.

Allí mismo se encontró con un genio que tenía los ojos verdes como las aguas de donde había nacido.

—¿ Quién eres y de dónde vienes ?

—Yo nazco de la inmensidad; mis alientos son gigantes y mis promesas no tienen fin. Soy para el marino la estrella que luce en medio de la borrasca; el guía inalterable del errante; la antorcha de la humanidad en lenta peregrinación de su destino. Soy el consuelo del amor, la corona de la gloria, la inspiración del arte. Como aspiración soy infinita y como consuelo, eterno. Mezo la cuna, guardo los azahares y velo en las tumbas...

—¡Ah!... ya te conozco—interrumpió Aurora —tú eres la *Esperanza*.

Y mientras el genio desaparecía, Aurora meditaba en que el aliento de la inmensidad en un pecho tranquilo es la Esperanza.

H. F.

URUGUAYAS

MITO